

BERTA WERNICKE



DON ZAPALLO

Y OTROS CUENTOS

DON ZAPALLO
Y OTROS CUENTOS PARA NIÑOS

BON XAPALLO

ESTADO DE GUERRERO

El
de
del
del



DON. ZAPALLO

840 1- Y OTROS CUENTOS PARA NIÑOS

POR

BERTA WERNICKE

ILUSTRACIONES POR

ULLA BASTANIER

29.105



114x169 (23)

DONACION
DE

1ra Exposi-
cion de libros
para niños

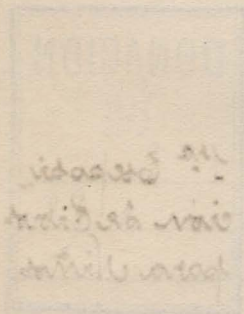
M A D R I D

1 9 2 7

244x269

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID

ES PROPIEDAD



80482



Para los niños que sepan leer
y a quienes les gusten los cuentos.

LA AUTORA



The following is a list of the
objects in the collection
of the
Museum of the
City of New York



DON ZAPALLO

¿Quién era don Zapallo? Pues un hombrecito del alto de las patas de una silla con una enorme cabeza en forma de zapallo, un cuerpecito como una naranja, unas piernitas delgadas como palillos de dientes, y dos pies grandes, chatos, que parecían dos empanadas criollas. Ese hombrecito vivía en una cueva de nutrias en la barranca del río. Cerraba la entrada de su casa colocando como puerta su gran cabeza, y la gente, al pasar, decía que en la barranca había un zapallo medio enterrado.

Pero lo curioso era que nadie podía verlo; a la luz del sol era invisible; en las noches de luna, sin embargo, lo habían visto algunos cazadores de nutrias; pero cuando quisieron darle caza se había escurrido tan ligero que no les fué posible alcan-

zarlo. Los perros le tenían terror, le ladraban, sí, pero con miedo, y aunque sus amos los castigasen no se atrevían a acercársele. Pues como de día no se le podía ver, andaba por todas partes en plena libertad, haciendo travesuras, porque eso le divertía. No era malo, no; pero era pícaro y le gustaba hacer enojar a los hombres. Sólo a los niños dejaba en paz, los quería, y solía olvidarse de hacer sus travesuras al sentarse al lado de la cunita de un nene, al mecerla o al “gatear” junto a algún pebete que todavía no sabía caminar.

“Ahí anda don Zapallo—decía la gente al darse cuenta de sus travesuras—. ¡Ah, pícaro, cuándo te tendremos entre manos!” Y él, que los oía, se había acostumbrado que lo llamasen así.

Con frecuencia, para probar que él era el culpable de la travesura, dejaba algún papel lleno de garabatos que decía: “Recuerdos de don Zapallo.” ¡Y qué no inventaba! Como nadie le veía se metía en las casas, pintaba los canarios de otro color, echaba azúcar en la sopa, escondía las ropas, abría la puerta del gallinero y dejaba en libertad a las gallinas; echaba harina en los paraguas para que al abrirlos se blanqueasen sus dueños, anudaba los dedos de los guantes, y así fastidiaba todo el día. ¡Pobre del que se enojara o rezongara mucho prometiendo venganza! Para ése inventaba todos los días otra cosa; en cambio, al que se riera o no se preocupara por sus picardías, ya no lo embromaba más.

Ocurrió una vez que una mujer había dejado en el patio de

su casa un gran tacho de cobre para hacer dulce de zapallo. Don Zapallo se metió adentro para mezclar sal con el azúcar; en ese momento puso la mujer la tapa pesada para cerrar el tacho y dejarlo todo listo para el día siguiente, y dejó al pobre don Zapallo preso. En vano se enderezaba pegando con la cabeza y las manos contra la tapa: no podía levantarla. Ocurriósele por la noche a la mujer que sería mejor no dejar el tacho en el patio, donde había quedado a la tarde. Era una noche de luna, esas noches fatales para nuestro hombrecito, porque eran noches en que podían verle. Al levantar la mujer un poco la tapa, vió a don Zapallo.

“¡Ah, pícaro!—gritó—. ¡Ahora sí que has caído en la trampa!”

Colocó de nuevo la tapa, puso una piedra pesada encima y se fué pensando en castigarle



al día siguiente, pues primero quería resolver qué castigo le aplicaría.

El pobre don Zapallo pasó la noche temblando, seguro de que perdería la vida.

Dió la casualidad que un peón, al salir de la casa al amanecer, vió el tacho de dulce, y como era un goloso, pensó: “¿Qué dulce estará haciendo mi patrona?” Levantó la tapa para mirar lo que había dentro del tacho. ¡Esa fué la salvación de don Zapallo! ¡Qué brinco dió! Saltó fuera y dió de paso un tirón de narices al peón, quien de susto echó a correr porque no veía a nadie, pues desde el momento en que salía el sol quedaba nuestro hombrecito otra vez invisible.

Cuando se levantó la patrona y quiso castigar a don Zapallo, éste ya estaba lejos.

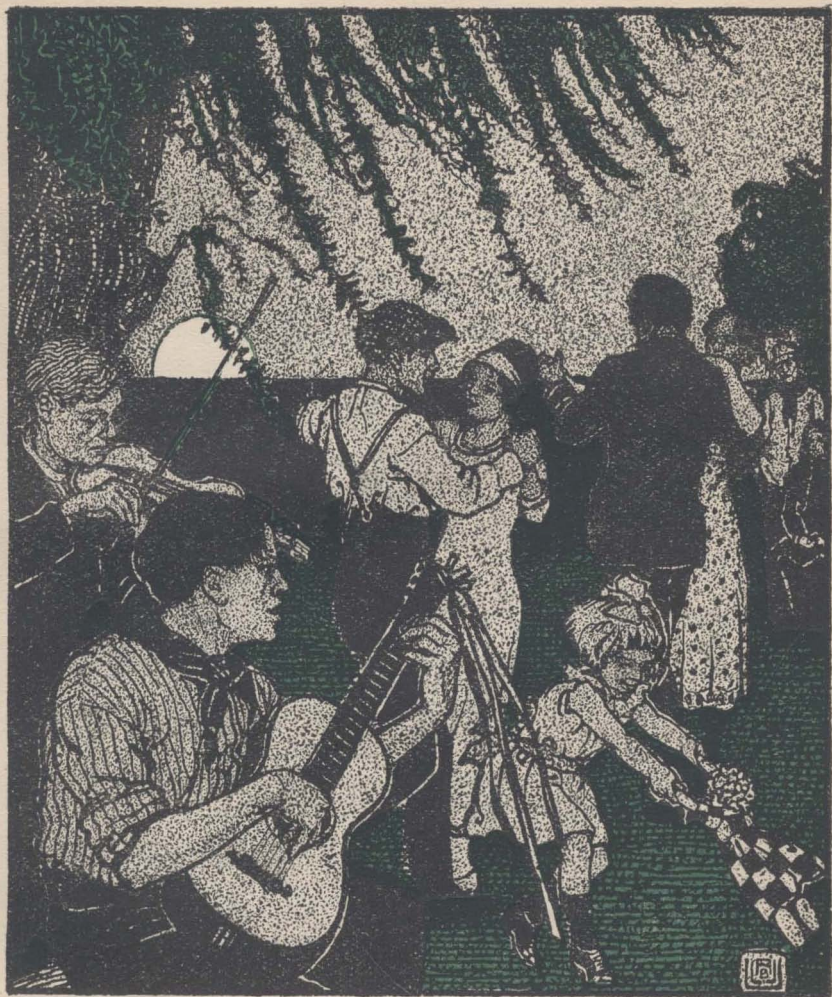
“¿Qué irá a hacerme ahora este bribón para vengarse?”, dijo la mujer.

Ya lo vería pronto.

Esa noche tenía convidados a su mesa y se había puesto sus mejores ropas. Como los convidados tardasen, se quedó dormida en un sillón. Ligerito, le pintó don Zapallo una gran mancha colorada en la punta de la nariz. Al llegar los convidados, la miraban, se reían y cuchicheaban entre ellos.

“¿Qué tendrán, por qué se reirán?”, pensaba ella.

Se sentaron a la mesa, y ella trataba de sonreírse con todos y de poner la cara más amable posible. ¡Zas!, de repente, le



ladearon la peluca; era nuestro pícaro que se había apostado detrás de ella; volvía ella a arreglársela, y él se la ladeaba de nuevo. La dejó un momento para coserle la pollera en el mantel, y cuando se levantaron de la mesa arrastró la pobre detrás de sí copas, platos, cubiertos y salsas, y se armó una gritería general.

Pero don Zapallo no había descansado; antes de levantarse de la mesa los comensales, había sacado el canario de la jaula y metido en ella una rana.

También a los convidados les tocó su turno. Al salir del comedor, empezaron todos a estornudar, porque les había echado rapé sobre las ropas y en el aire.

Entre un estornudo y otro gritaban furiosos:

“¡ Ah, don Zapallo, espera no más, algún día te agarraremos!”

Poco tiempo después pudieron hacerlo realmente. Un cazador de nutrias encontró a don Zapallo dormido en su cueva; era una noche de luna, clara, buena para nutrias, y por eso pudo verlo.

Lo metió en una bolsa y lo llevó a la policía para que lo condenaran. Pero los jueces eran muy dormilones, y no quisieron ocuparse del asunto sino al día siguiente. Cuando hicieron abrir al otro día la bolsa, saltó afuera don Zapallo, valiéndose del hecho de estar invisible, y en el acto empezó de nuevo con sus picardías. Volcó los tinteros, echó al juez principal goma arábica en el pelo, y mientras que todos daban manotones para

cazarlo, se les metía entre los pies y los hacía tropezar. Cuando lo buscaron en el medio de la pieza, ya estaba en la puerta; de allí pasó a la antesala, donde roncaba un vigilante. Ligerero, de paso, le untó el bigote con engrudo que había sobre la mesa, y se escapó, riéndose a carcajadas.

Pero llegó un día en que lo descubrieron, y tuvo su castigo. La gente del pueblo estaba de fiesta al aire libre; se comía bajo un gran sauce a orillas del río. Don Zapallo hizo allí durante todo el día sus picardías; pero cansado al último, se acostó sobre una de las ramas, y se quedó dormido. Llegó la noche, y era una noche de luna! Un rayo de luna llegó hasta él, y todos pudieron verlo ahí, dormido. Empezaron a gritarle, a tirarle piedras, a pincharlo con cañas, y algunos niños treparon por el tronco para prenderlo.

Don Zapallo, desesperado, se enderezó y cayó al río.

La corriente lo fué llevando; la luna iluminaba de vez en cuando su enorme cabeza de zapallo; lo vieron cada vez más chico, hasta que desapareció.

Nunca más se le ha vuelto a ver; tal vez lo haya llevado el río al mar, o tal vez se haya salvado y esté haciendo sus picardías en otro país que yo no conozco.



LA VENGANZA DE LAS RANAS

“Ven ligero y mira qué sapo tan gordo—le gritó Tomás a su hermanita María—; mira cómo lo hago saltar.” Tomás había atado un hilo a la pata de la rana; con una varita la pegaba para hacerla correr, y si la pobre corría demasiado ligero, la tironeaba del hilo; y “mira allá lo que tengo”, le dijo a María. Tenía cuatro ranitas de aquellas que viven sobre los árboles; son verdes, muy bonitas y saltarinas; había atado las cuatro juntas con un solo hilo, de modo que ninguna podía caminar. “Y más allá, las que he encerrado en ese corralito de piedra; esos son mis caballos. ¿No ves que les he puesto riendas?”

Pero María no quería ver todo eso; los sapos y las ranas le daban asco y lástima; Tomás había jugado ya toda la mañana con los pobres animalitos; ya estaban sin fuerzas, algunos lastimados, daba pena verlos.

“Ven, juguemos a otra cosa—le dijo María—. ¿No sabes que me han regalado un nuevo juego de paciencia?”

“Bueno, juguemos a eso”, contestó Tomás; y ahí quedaron las ranas al sol, presas, y seguramente morirían así.

Así era Tomás con los animales; se divertía viéndolos sufrir,

y no se acordaba que sienten el dolor como nosotros, y que hay animales que son más útiles que algunos hombres, y que éstos no tienen el derecho de maltratarlos.

Jugó toda la tarde con María y al acostarse estaba cansado de tanto corretear. Se durmió pronto; pero—¡qué cosa rara!— sintió de pronto que daban tironcitos del mosquitero. Hacía calor y se le habían resbalado las cobijas; sintió algo frío, húmedo, sobre su pecho descubierto. Miró, y vió un gran sapo, cómodamente sentado sobre su cuerpo, y a cada lado una ranita verde. Quiso gritar; pero no pudo, porque el sapo le tapó la boca con una de sus patitas frías, y al mismo tiempo le dijo: “Si gritas, te haremos callar bien pronto. ¿Qué has hecho hoy con mis hijos? ¿Quién te ha dado el derecho de maltratarlos? ¿Quién eres tú? No eres nada mejor que nosotros; no haces nada bueno en este mundo. Das trabajo a tus padres, eres grosero con los sirvientes, maltratas a los animales, eres un inútil, que nada sabes. ¿Para qué sirves? ¡Di, pues! Pero, basta ya; te llevaremos con nosotros, y hoy te juzgaremos, y verás que sabemos juzgar y castigar tan bien como ustedes, los hombres pretenciosos. Hay muchos buenos entre ustedes; pero también hay muchos malos. Ven.”

Una de las ranitas saltó sobre su cara, y cerrándole la boca con sus patitas, al mismo tiempo que le miraba con ojos tristes, le dijo: “Hoy me has muerto cuatro hermanitas; se murieron al sol, sin poder moverse. Primero se rompieron las patitas, porque

tú las ataste todas juntas. ¿Por qué lo hiciste? ¡Malo, perverso! Ahora estoy solita, y todos los días lloraré por mis hermanitas.”

Mientras tanto le había atado la otra ranita una cuerda en un pie y le obligó a bajar de la cama.

“Vamos—le dijo el sapo—; camina.”

“No puedo—decía Tomás—; ¿no ves que la ranita me está tironeando?”

“Pégale—decía el sapo a la rana—; no quiere caminar”; y la otra ranita, que se había quedado sobre su hombro, le daba pellizcos en la cara.

“Camina, pues”, le repetía a cada rato el sapo.

Al niño le dolía la cara, la cuerda le lastimaba el pie; pero pudo salir caminando del cuarto.

Cuando llegaron al jardín, donde estaba el arroyito en que el niño había mortificado por la tarde a las ranas, encontróse con una cantidad enorme de sapos, sapitos, ranas y ranitas, hasta algunos con cola todavía, y en el agua se veían muchísimos renacuajos. Cuando se acercó el niño se pusieron a cantar todos a la vez, como haciéndole burla; lo rodearon, lo empujaron, lo ti-



raron al suelo, y en un momento estaba cubierto de sapos y ranas, que lo pellizcaban y lo mordían. Tomás no se podía mover.

“¡Perdón!—gritaba—. ¡Perdón! No sabía que les hacía doler cuando jugaba con ustedes.”

Pero los sapos seguían maltratándolo.

De repente oyó Tomás que decían: “El rey.” Al mismo tiempo lo soltaron para ponerse todos en orden, formando una gran rueda.

El niño levantó asombrado la cabeza y vió un tremendo sapo, que parecía tener ojos de fuego; la piel era verde; en sus enormes dedos llevaba anillos con piedras de muchos colores y en el cuello una gran medalla verde, del color del agua en que pescaba Tomás sus víctimas.

“Saluda a nuestro rey Croax—le dijo el sapo que le había llevado ante los jueces—; él dirá lo que debemos hacer contigo. Escucha bien y arrodíllate.”

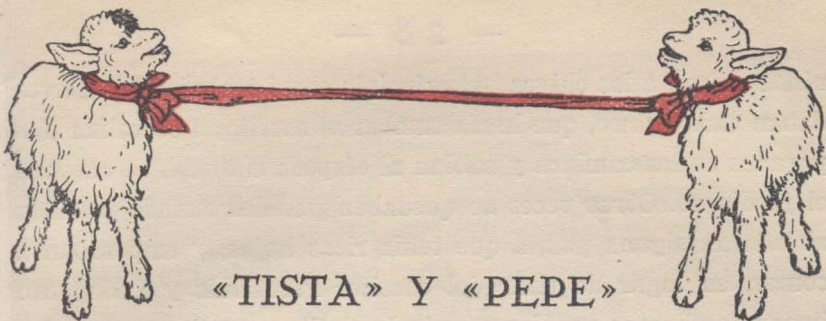
Croax se sentó sobre una piedra, miró al niño con enojo y le dijo: “Hijo de los hombres, he oído y he visto que has maltratado a mis hijos; sé que te divierte verlos sufrir, que tú te ríes cuando ellos lloran; pues bien; ve lo que has hecho hoy. El sapo que hacías saltar, ahí está.” Miró el niño hacia el lado que le señalaba el rey y vió al sapo, lleno de heridas, quejándose de dolor, y a su lado otros, que trataban de calmarlo, poniéndole hojas sobre las heridas, dándole agua, y hasta vió unos sapitos que lloraban. “Ese pobre va a morir, y sufre por ti; pero no



sólo a nosotros haces sufrir; los gatos, los perros, los pájaros, se nos han quejado y nos han pedido que te castigemos. Pero soy juez justo; eres niño, lo cual quiere decir que todavía no puedes pensar bien. Si fueses hombre grande te mataríamos. Ya ves, tu cuerpo está lleno de magulladuras, de mordiscos, y veo que ya se han vengado mis hijos. Pero para que no te olvides de esta lección por algún tiempo, te condenaré a que cada uno de ellos te arranque un cabello; así serás pelado como nosotros. Empiecen.”

Entonces aplaudieron las ranas; pero una de ellas dijo: “Rey Croax, perdónale esta vez; bastante tiene con el susto y con lo que le hemos hecho; pero, en cambio, si vuelve a maltratar a algún animal, le daremos un castigo mucho más severo.”

“Sea—dijo el rey—; por ser niño todavía, te perdonamos; márchate.” El niño salió corriendo ligero, como nunca en su vida; se metió en su cama, se tapó bien y se durmió, proponiéndose antes que jamás maltrataría a un animal; ahora sabía que también ellos sienten y sufren como los hombres.



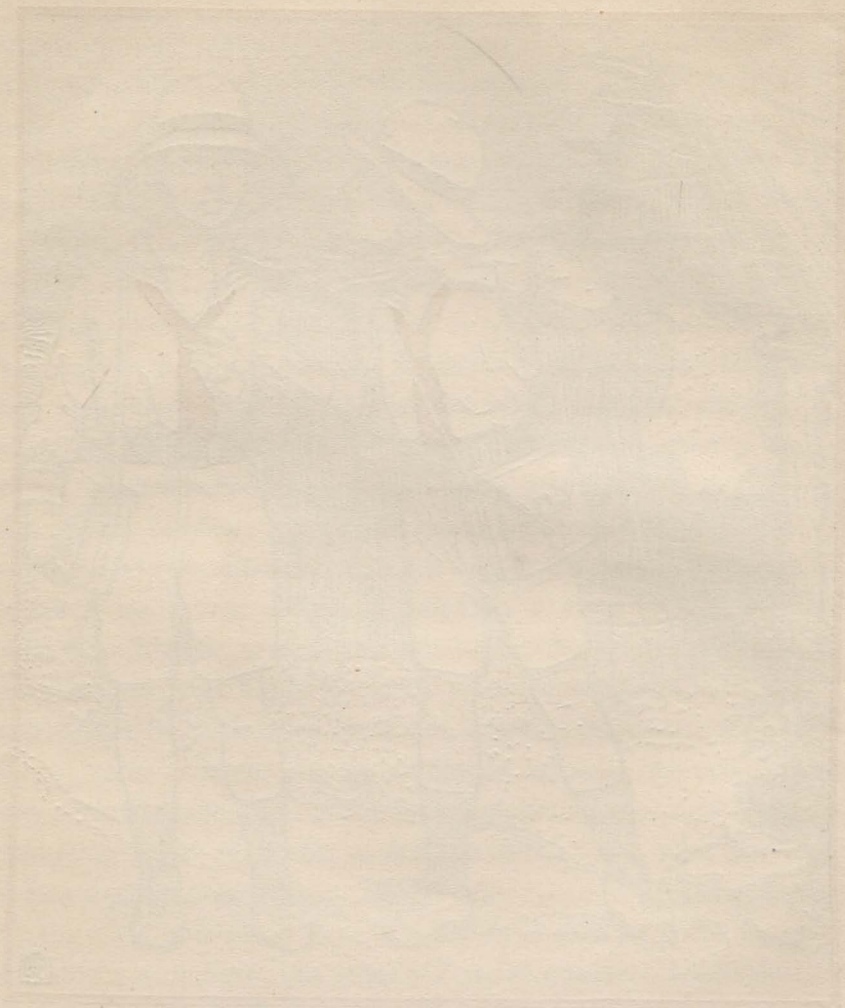
«TISTA» Y «PEPE»

¿Quiénes eran *Tista* y *Pepe*? Pues no crean que dos chicos, no; eran dos chivitos, blancos como la nieve los dos; pero *Tista* tenía en la frente una mancha negra, y así se le podía distinguir de *Pepe*. El nombre de *Tista* era, en realidad, *Bautista*; pero resultaba muy largo para su dueño; por eso le llamaban *Tista* no más. Los dueños de esos chivos eran dos niños; uno se llamaba Luis y el otro León. *Tista* era de Luis; *Pepe*, de León. Los dos chivos eran mellizos, y los dos niños, también. Los cuatro crecieron juntos. Cuando Luis y León todavía no sabían caminar bien, *Tista* y *Pepe* también eran chiquitos, y muchas veces había que encerrar a los chivitos, porque como ellos saben correr y saltar desde chicos, hacían caer a Luis y León, que todavía, a cada rato, ¡plaf!, estaban sentaditos en el suelo, porque los chivos los habían topado sin querer, jugando. Pero los niños crecieron, y entonces eran ellos los que mandaban a los chivos. El padre de los niños les regaló un lindo carrito con cuatro ruedas, pintado de colorado, y unas lindas riendas. Era para que los

niños ataran a los chivos. Al principio costó trabajo. Los chivos daban cada brinco, que hacía tumbar el carrito, o se salían disparados de los caminos y subían al césped; entonces se enojaba el jardinero. Otras veces se quedaban parados cuando pasaban al lado de alguna planta que tenía ricas hojas, y empezaban a comer, en lugar de tirar del carrito. Pero Luis y León eran buenos cocheros; ya bien pronto les quitaron todas esas malas crianzas, y los chivos sabían que si se portaban bien les tocaría después más pasto, y que si se portaban mal, les tocaba látigo. Pero aprendieron a tirar tan bien del carrito, que los niños no necesitaban emplear el látigo; además, querían mucho a los chivos, y éstos conocían perfectamente a sus dueños y los querían mucho también. Obedecían a la rienda como el mejor caballo; cuando los niños bajaban del coche por un momento, les decían a los chivos al oído: “Quietos”, y éstos se quedaban como clavaditos en el suelo; no daban un solo paso. Sólo movían las cabecitas para todos los lados para ver lo que hacían sus patroncitos. Si los dejaban olvidados, entonces llamaban: *Me-e-é*, *Me-e-é*, como diciendo: “no se olviden de nosotros, que nos estamos portando bien.” Los niños los bañaban todos los días con la manga de regar el jardín, y después corrían con ellos por la quinta para que se secaran más pronto.

Un día lo robaron a *Pepe*. Un ladrón lo sacó de noche de su corralito y se lo llevó. Los niños y *Tista* se quedaron tristísimos. En balde lo llamaba *Tista* con su *Me-e-é*, *Me-e-é*; nadie le contes-





taba. Pero pocos días después, al ir los niños a la escuela, pasando junto a un rancho oyeron el balido de *Pepe*. "*Pepe, Pepe*", gritó León, y *Me-e-é, Me-e-é*, contestaban del otro lado del cerco. El niño y el chivo se habían reconocido por la voz; al momento llamaron a un vigilante y le dijeron que ahí estaba el chivo robado; el ladrón tuvo que devolverlo, y a él lo llevaron preso. ¡Qué alegría la de *Tista* cuando los niños volvieron con *Pepe*! Claro que ese día perdieron sus clases; pero su madre les perdonó, porque sabía que los niños habían hecho bien, pues eran como los padres de los chivos, y no podían dejar de salvar a *Pepe*.

Pasaron los años. Luis y León ya tenían mucho que estudiar; habían crecido tanto, que el carrito les resultaba chico. Los chivitos habían envejecido y no podían tirar con carga pesada. Un día se enfermó *Pepe*; se había puesto tieso, no podía mover las patas y sólo levantaba la cabeza cuando sentía la voz de los niños o cuando éstos le hacían cariños. *Tista* estaba parado a su lado, muy triste, y no lo abandonaba.

Dos días después murió... ¡Pobre *Tista*! Se quedó tan solo, que los niños no quisieron encerrarlo: lo dejaron en libertad; así los seguía a ellos, se acostaba delante de las piezas donde estudiaban sus amigos o donde dormían, y cuando paseaban por el jardín trotaba como un perrito detrás de ellos. Había envejecido mucho; Luis y León caminaban despacio en sus paseos para que *Tista* no se cansara.

Enterraron a *Pepe* en la quinta, debajo de un árbol, y allí, sobre la tumba, encontraron una tarde a *Tista*. Cuando se acercaron, llamándole, levantó la cabeza, contestó con su *Me-e-é* y se dejó caer. Había muerto.

Entonces lo enterraron también allí, y sobre la tumba pusieron una placa de mármol que dice: "*Tista y Pepe*, nuestros buenos amigos."

¿Y creen ustedes que Luis y León se habrán olvidado de *Tista* y *Pepe*? No; no se van a olvidar de ellos, porque han sido tan buenos amigos y los cuatro se han querido mucho.

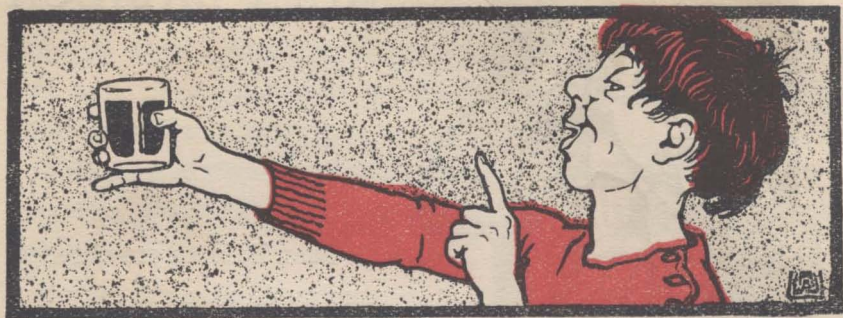




JUAN BABIECA

Juan Babieca era el sobre-
nombre de un chico muy ton-
to, tan tonto, hasta de creer-
se muy vivo e inteligente, lo
cual es la tontería más gran-

de. No notaba las burlas de los otros niños ni su intención de hacerle hablar para reírse después de sus sandeces. Pero Juan Babieca era incorregible; siempre se ponderaba a sí mismo y a sus ocurrencias. Una vez fueron a preguntarle sus compañeros cómo caminan los trenes, haciéndose los que no sabían que los mueve el vapor; pero querían que se los dijera él. Juan Babieca tomó un aire importante. Adelantó un pie, se puso la mano izquierda sobre la cadera y accionando con la derecha les dió esta explicación: “¡Bah!, ustedes no saben eso; yo, que sé todo, voy a explicárselo. En el interior de la locomotora se acuestan dos hombres sobre el vientre y empujan esos brazos que ustedes han visto por fuera de la máquina, y así mueven las ruedas.” “¿Y por qué silba la máquina?”, le preguntaron. “¡Vaya! Eso son los mismos hombres que soplan dentro de un



tubo.” “¡Ah!—dijeron los compañeros—; es verdad, así ha de ser.” Se codeaban, se miraban y de repente se echaron a reír a carcajadas. “¡Juan Babieca, Juan Babieca!, ¿y el humo?” “¡Ah, el humo!”; no sabía qué contestar. “El humo es de la paja que se quema en tu cabeza”, le gritaron, y lo dejaron para irse y reírse de él. Juan Babieca se quedó pensativo, se metió un dedo en la boca, se rascó la cabeza y pensó: “¿No será así? ¿Seré tonto? Imposible, los tontos son ellos.”

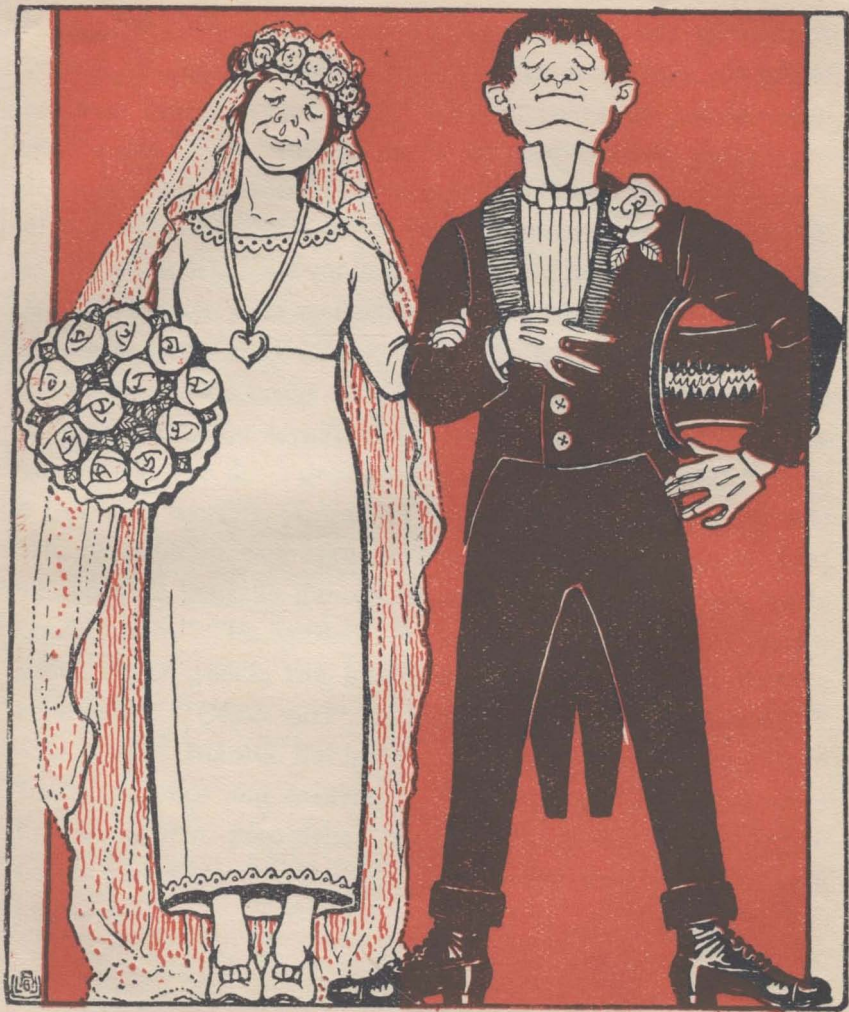
Otro día lo llamaron sus amigos para que les ayudara a cazar una liebre que habían visto en el campo; le dijeron que ellos no sabían cómo hacerlo, porque no tenían escopetas, y le consultaban a él. “¿No saben cómo hacerlo? ¡Bah, es tan sencillo!; tomen un piolín, átenlo en una pata a la liebre y sujéntenla bien; pero a una buena distancia, para que no los vea. Cuando la liebre quiera correr, no puede, se cae, y ustedes la matan.” “¡Juan Babieca, Juan Babieca, si nos agarras la liebre

así, te damos cien pesos como premio, para que estudies y te hagas más vivo!", le gritaron, y se fueron riéndose. Juan Babioca se rascó la cabeza: "¿No se podrá así?—pensó—; ¡vaya, qué tontos son!" Y como no tenía un piolín a mano, no hizo la prueba tampoco.

Un día se le ocurrió querer hacer algún invento. ¿Pero, qué? ¿Si inventara una máquina para comer? ¡Es tanto trabajo masticar y tragar! Juan Babioca era muy haragán, como todos los tontos. Pero también era muy goloso, y si comiera con máquina no tomaría el gusto a los ricos churascos o a los bombones. "No; yo sé una cosa mucho mejor; voy a inventar algo para no tener que estudiar y para que dejen de fastidiarme con el colegio. Se quedarán boquiabiertos el maestro y mi padre cuando de repente vean que he aprendido toda la ciencia sin estudiar." Buscó todos los libros que pudo encontrar en su casa;



uno que hablara de plantas, otro de animales, otro de Gramática, otro de Historia; muchos, muchos libros. Los llevó a un rincón del jardín, donde trabajaba a escondidas para que nadie lo viera. Cortó todos los libros en mil pedacitos, los puso en un balde, se compró un frasco grande de tinta y mezcló todo, hasta que le resultó una pasta negra. Le agregó un poco de agua para que quedara más líquido y llenó con eso un frasco. “Bravo—gritó—; ahora, tomando un poco de esto sabré muchas cosas, y en lugar de estar escuchando horas enteras al maestro, tomo una copita de mi bebida, ésa va a mi cabeza, y ya sé todo. Voy a llamar a mis amigos.” Los llamó y les explicó lo que había hecho. “Eso es lo mejor que has hecho hasta ahora—le dijeron—; a ver, haz la prueba de tomar algo.” Juan Babioca tomó un traguito de su bebida, que era tan horrible, que se quedó escupiendo un buen rato, y se puso la boca negra. “Es feo de gusto—dijo—; pero ya verán ustedes mañana cuando vuelvan lo que me habrá pasado.” “Sí, ya lo sabremos mañana”, le gritaron; y de lejos todavía se les oían los gritos de: “¡Juan Babioca, Juan Babioca!” y las carcajadas. Juan empezó a sentir a las dos horas un dolor de estómago fuerte; tuvieron que llamar al médico, tuvo que contar lo que había hecho, y éste le dió una medicina horrible y le dijo al padre que su hijo era un tonto, y que había que cuidarlo más. Juan Babioca lo oyó y pensó: “¿Seré tonto?” Se metió el dedo en la boca para pensar mejor. Pero al rato dijo: “No; el tonto es el médico.”



Así pasaron muchos años, y Juan llegó a ser un hombre grande. “Quiero casarme—dijo—; pero no encontraré una mujer bastante inteligente para mí.” Un día, paseando, vió una muchacha que llevaba sus zapatos y las medias en la mano e iba descalza: “¿Qué haces?”, le preguntó. “¡Cómo! ¿No lo ves?—le dijo—; cuido mis botines.” “¿Pero no te lastimas los pies?” “Y eso ¿qué importa?—le contestó—; los pies no me cuestan plata; pero los botines y las medias, sí.” “Es verdad—le dijo él—; me parece que eres muy inteligente.” “Ya lo creo—le dijo ella—; pienso mucho. De noche no me desvisto y no me acuesto, porque es mucho trabajo levantarse y vestirse todos los días.” “Es verdad—le dijo él—; eres muy inteligente.” “No he aprendido a leer ni a escribir, porque he visto que la gente que aprende eso, no acaba nunca y sigue leyendo y escribiendo toda la vida; entonces he pensado que es como una enfermedad, que nadie puede curar.” “Es verdad—le dijo Juan—; eres muy inteligente. Dime, ¿serás tan inteligente como para querer casarte conmigo?” “¿Cómo no?”, le dijo ella. “¿Cómo te llamas?” “Me llaman Juanita Babieca.” “Magnífico—gritó Juan—; entonces tenemos que casarnos.” Y se casaron. Yo no sé si se habrán muerto; pero deben tener muchos hijos, porque he conocido varios Juanitos Babiecas, tan tontos, que ni se dan cuenta que lo son.

LA MUJERCITA DE LLUVIA

Llovía y llovía. El cielo y la tierra parecían tejer redes; bajaba del cielo un hilo de agua al lado de otro, tan unidos, que no se podía ver a tres metros de distancia. El agua caía con ruido siempre igual, y ya se formaban pequeños arroyos por todos lados en el jardincito de la casa de Marta. Era ésta una casa-quinta, y Martita estaba sentada en un ancho corredor de baldosas, sostenido por columnas de fierro. De las tejas del techo caían gotas gruesas, pesadas; saltaban en el suelo, rebotaban; parecían mujercitas con cuerpecito largo, delgado, vestidas con anchas polleritas, como las bailarinas que Martita había visto en el circo. Saltaban una acá, más allá otra, y se turnaban, se aplastaban, corriendo después a juntarse con los arroyitos. Marta, sentada en un sillón-hamaca, escuchaba el ruido de la lluvia y, entretenida, miraba a las bailarinas del agua.

De repente vió que una de ellas, en lugar de correr al arroyito, volvía a rebotar una, dos, tres veces. ¿Y qué? ¿No se acer-

caba a ella? Pues, sí; se acercaba a su sillón; de un salto se había subido al brazo de éste, y desde ahí miraba a Martita. Era del alto de un dedal de su mamá; su cabecita era del tamaño de un grano de pimienta y llena de rulitos rubios. La pollerita, ancha, era de seda transparente, como el agua, y las piernitas, siempre en movimiento, parecían tener ganas de bailar. Pero lo más raro era que empezaba a hablar. “¿Quieres que me quede contigo? ¿No ves que las demás me han dejado? Cada cien años se puede quedar una de nosotras con los hombres; pero una sola persona puede vernos; por eso debes esconderme, ¡y eso es tan fácil! ¡Soy tan chiquita! Yo te traeré suerte, te ayudaré a hacer tus labores, ya no te pincharás tanto los dedos al coser; sé muy bien que no te gustan esos trabajos. Te ayudaré a hacer tus deberes, te contaré cuentos, te cantaré para que te duermas; pero debes esconderme siempre; ni tu mamá ni tu papá, ni tus amiguitas ni nadie debe verme. Ese es mi gran secreto. Cuando el ángel de la nube en que yo vivía me dió hoy la licencia, me dijo: “Te permito que te quedes viviendo en la tierra; pero sólo “acompañando a una niña buena, candorosa, capaz de guardar “un secreto.” Aquí me tienes. ¿Me quieres? Si no, me voy.” ¡Qué más quería la niña sino guardarse una muñequita tan linda, una buena compañera, que la ayudaría en todo lo que la hacía suspirar! ¡Ya lo creo! Fué a su dormitorio, llevándose su nueva amiga entre la blusa; le tendió su camita en una cáscara de nuez, llena de algodones; le contó todas las dificultades del



colegio: que no le gustaban las cuentas y no le gustaba coser. La mujercita de lluvia le hizo al momento los problemas y le explicó todo tan claro, que Martita sabía ya al rato sus lecciones. Tomó la costura e hizo unos pespuntos finísimos, que ni se veían, y luego le contó un cuento tan lindo como nunca lo había oído antes la niña. Pero ahí venía su mamá, oía sus pasos. Tomó a la mujercita y la encerró en la mesa de luz, en su camita de cáscara de nuez. La madre elogió la costura y los deberes, admirada de verlos tan bien hechos. Martita casi le contó todo el secreto; pero se acordó de las recomendaciones de la mujercita. ¡Qué lástima! ¡Ni a su mamá se lo podía contar!

Así pasaron muchos días. En la casa se asombraban de ver



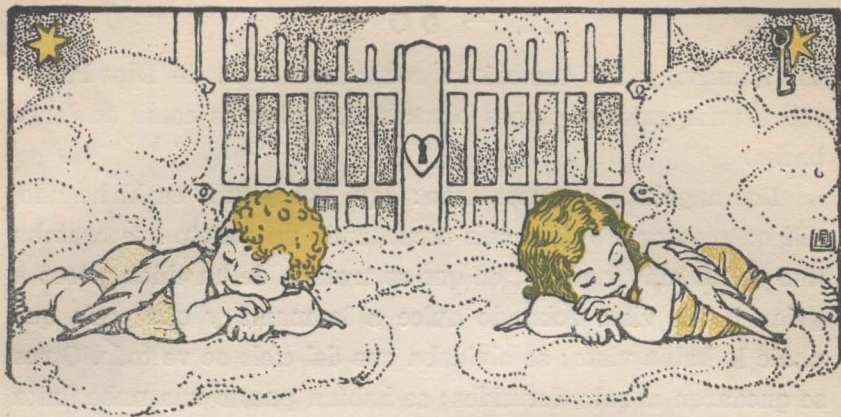
lo bien que trabajaba Martita; pero ésta no estaba contenta; cuando la elogiaban tenía ganas de gritar: “Yo no soy la que lo ha hecho; es la mujercita de agua.” Se creía una mentirosa al hablar con su mamá. ¡Qué suplicio no poder contárselo! Pero llegó un día en que ya no pudo resistir; la mujercita no se iría tan pronto como había dicho. “Mamá—dijo—, mira lo que guardo acá; ahora vas a saber quién me ha ayudado todos los días”; y abriendo la mesa de luz sacó la cáscara de nuez; pero—¡qué sorpresa!—en el fondo no había más que una gota de agua.

“Hija, ¿qué disparate es este que me cuentas?”, dijo la madre. Martita dió un grito de susto; la cáscara se cayó de sus manos, quiso levantarla... y se despertó...

Miró para todos lados; ya no llovía. El sol iba secando las baldosas, los hilos entre cielo y tierra habían desaparecido; sólo



quedaban los charcos. Es que Marta se había quedado dormida con el arrullo de la lluvia. “¡Qué sueño más raro!”, pensó. “¡Lástima que no resulta cierto; pero yo no creo que la mujercita encuentre una niña que sea capaz de guardar semejante secreto a su misma mamá! Imposible, y ahora voy a hacer mis problemas y acabar mis pespuntos.”



EL ANGELITO TRAVIESO

Los angelitos, cuando son chiquitos, hacen a veces travesuras como los niños en la tierra. Pero nunca son malos, sino que hacen las cosas porque no piensan mucho, lo mismo que los niños. Voy a contarles una de sus travesuras.

Era la hora de la siesta. En el cielo, entre las nubes, hacía calor. Dios Padre dormía tranquilo entre unas nubes de oro, y las brisas pasaban suavemente para que no sintiera el calor. San Pedro, que hace de portero en el cielo, había ido a ver si la puerta del cielo estaba bien cerrada; sacó la llave enorme, la colgó del pico de una estrella cerca de la puerta; encomendó a los angelitos que no hiciesen ruido, que se recostasen sobre las nubecitas blancas y blandas que desde la tierra parecen corderi-

tos lanudos, y fué también a recostarse cerca de Dios-Padre, sobre unas grandes nubes blancas, tan blancas como su larga barba.

Los angelitos se recostaron: aquí dos juntos cuchicheando, allí un montoncito de a seis escuchando un cuento que contaba uno de los más grandes, en que se trataba de un chico goloso a quien había visto robando dulce a la mamá y que creía que nadie lo había visto; se olvidaba que del cielo se ve todo. Otros se quedaron al rato dormidos; se habían puesto una nube finita como cortina; las alitas las tenían dobladas, y como no llevaban vestidos, más que su larga camisita blanca, no sentían calor.

Cerca de la puerta se había acostado uno de los más chiquitos. Con sus grandes ojos azules había estado siguiendo a San Pedro; observó dónde había colgado la llave, y al pasar, besándole la mano, le prometió que dormiría y que estaría quietito. Pero no podía dormir; era curioso como todos los chicos, y continuamente pensaba en esa puerta y la llave. De repente pasó un ángel grande, tomó la llave, abrió la puerta y salió. Tendría que hacer en la tierra, proteger a algún niño, consolar a alguna madre, evitar alguna desgracia, ¡quién sabe!; el hecho es que dejó la puerta entreabierta. Nuestro angelito lo vió y ligerito, corriendo en puntas de pies, se acercó a la puerta, la entreabrió y miró para todos lados. Lejos, muy lejos, veía algo que debía ser la tierra; no la podía distinguir bien. Entonces miró para abajo y, ¿qué vió? Pues una infinidad de diablitos que gritaban,

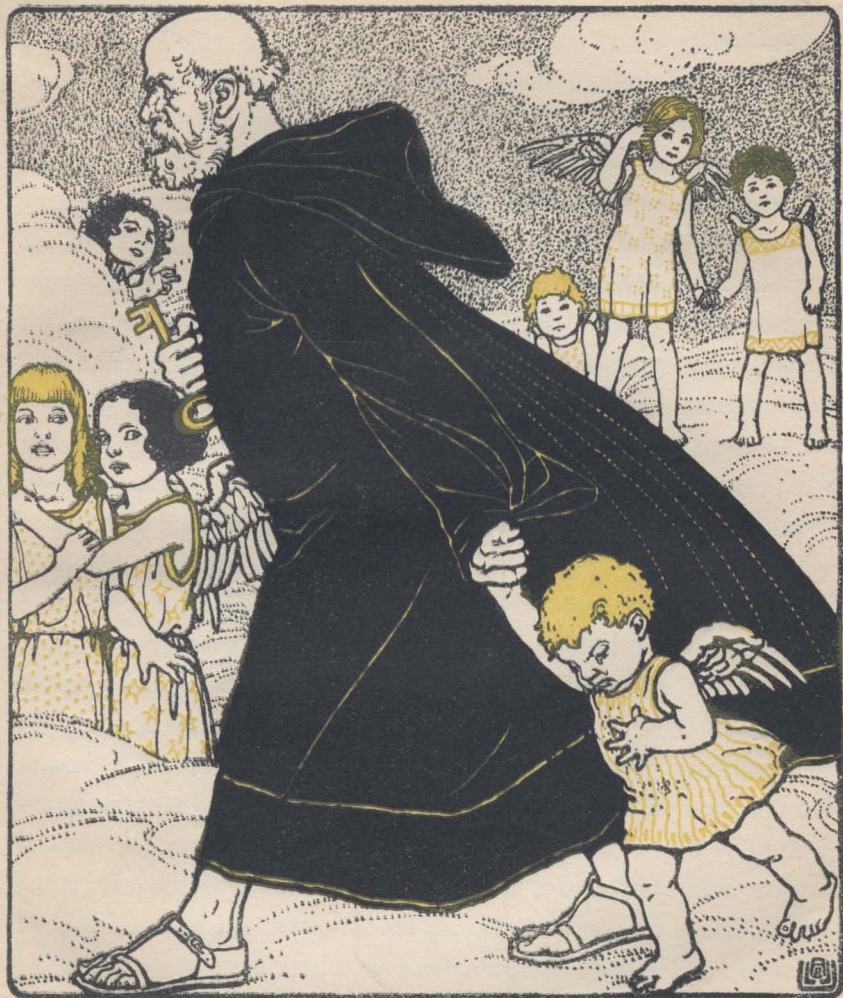


saltaban, se daban tirones de los cabellos, rodaban por el suelo, en fin, se portaban como niños mal educados. Es que de la puerta se podía ver parte del infierno y los diablitos aprovechaban de estar solos, y además son siempre mandingas y mal criados. Uno miró para arriba y vió la puerta entreabierta y la cabecita rubia del ángel. Empezó a hacerle muecas, a gritarle tanto, que el angelito, asustado, se escondió. Pero la curiosidad le hizo mirar otra vez; ahora estaban todos los diablitos juntos, pidiéndole que los dejara subir. “Nos vamos a portar bien, lo mismo que ustedes que son angelitos; ¡por favor!, déjanos subir un ratito; nunca hemos visto las cosas lindas que hay allá; no vamos a tocar nada; vamos a mirar no más todo.” Al angelito le daba lástima verlos, porque era muy bueno. “No puedo—les gritaba—; San Pedro no quiere; ahora duerme, pero cuando se despierte se va a enojar conmigo.” Pero los diablitos seguían pidiendo. En angelito se acordó que cerca de la puerta había una larga escalera de cuerda que usaban los ángeles para limpiar la luna y las estrellas, que siempre tienen que estar bien brillantes. Fué a buscarla, la colgó en los fierros de la puerta y la dejó caer. Los diabli-

tos la estiraron por el otro lado, y tomándose de pies y manos subían y subían, uno después de otro: parecían una cadena de diablos. En un momento habían subido unos cincuenta, que corrían por todos lados entre las nubes, despertaban a los angelitos y miraban todo con curiosidad. Al principio se portaron bien; caminaron como niños buenos, mirando las estrellas o espiando entre las nubes; pero bien pronto se cansaron. Los diablitos se cansan siempre cuando tienen que estar quietos. Empezaron a embromar a los angelitos, a pegarles con sus colas largas, tocaron a las estrellas y uno, el más travieso, fué a abrir el galpón donde se guarda de día la luna. “¡No hagas eso!—le gritaron los ángeles—; ¡va a salir la luz, se van a asustar en la tierra, se va a despertar San Pedro!” Pero los diablitos se reían de ellos, tocaban la luna con sus manos nada limpias, querían treparse a una estrella, y uno de ellos, el más malo, se fué corriendo al sitio donde se guardan las grandes bolas que se hacen rodar cuando en la tierra decimos que truena. Tal fué el susto de los angelitos, que todos a la vez se pusieron a gritar: “¡No, no, por favor, no hagas eso!”

De repente apareció San Pedro. Los gritos lo habían despertado; señaló la puerta con la mano, y los diablitos salieron a todo escape. Atropellándose, corrieron escaleras abajo, asustados, chillando de miedo, porque bien sabían que los habían de castigar.

Los angelitos se quedaron todos como si fueran ángeles de un altar, sin moverse, callados; parecían olvidarse hasta de res-



pirar. San Pedro miró a uno por uno; quería ver al culpable que había hecho entrar a los diablitos, y como él sabe todo y lee en las caras, decía que “no” con la cabeza al mirarlos, hasta que llegó al último, al más chiquito, que se tapaba la cara con las manitas: tanta vergüenza tenía. Sus alitas estaban estropeadas, los diablillos habían jugado con ellas; su cabello de oro estaba revuelto, y hasta su blanco vestidito, que debe ser como merengue, estaba desaseado, porque los diablitos lo habían manoseado. “Tú has sido el culpable de todo”, dijo con voz grave San Pedro; “lo veo y lo sé. Yo veo en tu cara que ha sido por curioso que los has hecho entrar; pues bien, como castigo, no llevarás tu vestidito blanco por tres días; en cambio, te pondré un traje punzó con cola como tienen los diablitos, y no te permitiré que cantes de noche con los demás esos cantos tan lindos. Y ahora, ven, se lo contaremos a Dios-Padre.” Tomó de la mano al pobrecito travieso, que de vergüenza no sabía si volar o caminar y le seguía a saltitos. Dios-Padre, sentado en su trono rodeado de los arcángeles, que son como los hermanos mayores, serios y perfectos de los angelitos, lo miraba. Le miró un buen rato, y luego, pasándole la mano sobre la cabecita rubia, dijo con voz suave: “Es muy chiquito todavía, San Pedro; perdonémosle; yo sé que no lo volverá a hacer; ¡ha tenido tanta vergüenza! Anda, y acuérdate siempre que Dios es bueno y que perdona; así serás bueno, porque me quieres.”

Yo creo que ese angelito va a ser arcángel algún día, porque no se olvidará nunca que Dios fué tan bueno con él al perdonarle.

EL VIOLÍN ENCANTADO

El pequeño músico que recorría diariamente las calles del pueblo, con su violín bajo el brazo, era querido por todos. Se llamaba Paco, y era huérfano de padre y madre. Su padre había sido el organista de la iglesia del pueblo, y al morir no pudo dejarle a su hijo otra herencia que su gran gusto por la música, su buen oído y un viejo y miserable violín que le habían regalado en otra época. Le había dado las primeras leccio-



nes a su hijo, y tenía éste un oído tan bueno que pronto pudo tocar bastante bien. Así es que al morir su padre se ganaba su pan tocando en las ferias, en las fiestitas al aire libre cuando la gente quería bailar, o en la plaza, y así ganaba algunos centavos.

A veces, cuando estaba completamente solo y nadie le observaba, parecía olvidarse de lo que estaba a su alrededor, y entonces le venían ideas, melodías nuevas, extrañas; él las oía claramente; pero, ¡ay!..., cuando quería repetirlas en el violín, éste no respondía. Sus voces eran ásperas, y no conociendo bien la música, no le obedecían bien los dedos. Entonces se desesperaba, le daban deseos de llorar, de romper el violín, de cantar a gritos esas melodías. Un día le había pasado como tantas veces, es decir, oía claramente una melodía, y al querer repetirla en su instrumento resultábale todo mal, porque nadie se la había enseñado. Desesperado, tiró el violín al suelo y se puso a llorar a sollozos, dejándose caer sobre un banco de la plaza, la cual estaba solitaria a esas horas.

Ya el sol había entrado, y apenas se podían distinguir los árboles. De repente sintió que una mano suave se posaba en sus cabellos, como acariciándole. Levantó la cabeza y vió delante de sí un viejo de larga barba blanca, de ojos bondadosos, que le decía: "Dame tu violín que no sirve y toma este otro; es tuyo mientras tú quieras tenerlo; pero tiene un encanto especial. El día que al tocarlo tengas un mal pensamiento, será igual al instrumento que tenías; ya no podrás tocar en él como antes.



Sólo un corazón bueno le da el hermoso sonido, y lo podrás probar en seguida. No me preguntes quién soy, no te lo diré; pero siempre estoy al lado de los que merecen protección”, y desapareció.

Paco se restregó los ojos: ¿había dormido? Estaba despierto, miraba para todos lados; habían encendido los faroles a alguna distancia, y de repente vió a su lado, en el banco, un violín nuevo. Lo tomó con cuidado, lo acarició y empuñó el arco para probarlo. De nuevo resonaba en sus oídos aquella melodía que le gustaba tanto, y que no había podido repetir. Tocó unas notas y... ¡qué sorpresa!, un sonido suave, lleno, espléndido, se oía... y aquella melodía, ¡qué hermosa resultó! Siguió tocando y cada vez parecía más hermoso el sonido. No veía lo que pasaba, no se daba cuenta que se había acercado mucha gente a oírle; seguía tocando siempre. Por fin se levantó, y en un arranque de júbilo besó al instrumento. Se le acercó un señor bien vestido y de aspecto respetable, quien le preguntó quién le había enseñado a tocar de ese modo. “Nadie—dijo—; lo pienso no más.” “Es curioso—dijo el señor—; eres un gran artista.” Le propuso llevarlo a su patria lejana y hacerle dar conciertos.

Paco aceptó; nadie le retenía en el pueblo, y ese señor le prometía cuidarlo, vestirlo y dejarlo tocar cuanto y cuando

quisiera. Cuando tocó por primera vez en un concierto, hizo llorar a todos; les parecía no haber oído nunca nada más hermoso.

Se hizo pronto conocido en todo el país, y de otros pueblos le pedían que fuera a dar conciertos. Así iba viajando de un pueblo a otro, y todos se entusiasaban con su música y lo declararon un prodigio.

Pasaron los años, y ya era un joven que se había ganado una fortuna. El dinero le importaba poco; lo que quería era que lo dejaran tocar a su gusto y que lo escuchasen con entusiasmo.

En un viaje que hizo una vez a un país lejano, oyó decir que el rey tenía una hija muy hermosa, la cual parecía tener un corazón de piedra. Jamás se había sonreído ni jamás había llorado. Su padre decía que sólo le quedaba un remedio que probar para ablandar ese corazón, y ese remedio era la música.

Pero hasta entonces ningún músico había conseguido conmover a esa mujer tan hermosa, pero tan impasible. Los grandes sabios del reino le decían al rey que eso de tener el corazón tan duro era una enfermedad, y si no se consiguiera ablandarlo, se moriría la princesa. Llegó a oídos del rey la fama de Paco, y le mandó llamar. Junto con él llegó al castillo otro músico, un joven que también era muy conocido como excelente violinista. El rey, viendo dos jóvenes de su agrado, les dijo que si alguno de los dos conseguía conmover a la princesa, se la daría por esposa, y que al morir él lo nombraría rey.



Reunidos en el palacio el rey y todos los ministros y generales, llevaron allí también a la princesa, la hicieron sentar en el trono de oro para que todos pudieran verla bien, y luego hicieron entrar a los dos músicos. Estos se colocaron frente a ella, y cuando Paco la vió tan hermosa con su cara algo triste aunque dura, le gustó mucho y pensó: "Voy a tocar una de mis mejores melodías; voy a hacerla llorar, porque sé un canto muy triste. Después me permitirá el rey que me case con ella, y algún día seré rey. Entonces tocaré todos los días nuevas melodías para ablandar ese corazón tan duro."

El turno de hacerse oír le tocó al otro músico. Este se adelantó, miró a la princesa, levantó el arco y empezó a tocar. ¡Qué bien lo hacía! Sus notas parecían cantar un cuento muy triste, y eran tan suaves, que al rey le corrían gruesas lágrimas por las mejillas. La princesa miraba fijamente al joven, y repentinamente bajó la cabeza; ¡pero no lloró!

Cada vez más suaves y más tristes sonaban las notas del violín, y ya no había en el salón quien no se hubiese conmovido. Sólo Paco estaba desesperado; miraba a la princesa y temblaba de miedo de que llorara, porque así se ganaría el otro el premio. Y él, tan bueno siempre, miraba con rabia y envidia al joven músico, y sin que nadie le oyera murmuró: "¡Ojalá se rompa tu brazo y se te trastorne la memoria para que no siga tu música." Tuvo un mal pensamiento: deseaba un mal a alguien, se había olvidado de lo que el viejo que le regaló el violín le había dicho.

El otro acabó de tocar; la princesa no había llorado.

Ahora le tocaba el turno a Paco. Tomó su violín, lo acarició, saludó a la princesa y se quedó pensando un momento en la melodía que tocaría. “¡Ah!, qué bien lo haré; ya verán los demás”, se dijo. En sus oídos sonaba una preciosa melodía. Levantó el arco y empezó a tocar; pero, ¡qué horror!, un chillido áspero, desagradable, se oyó y no una melodía. Todos se miraban, se reían. Paco, asustado, miró su violín. “¿Me lo habrán cambiado?”, pensó. Pero, no; era su violín. De nuevo lo levantó y probó por segunda vez. Peor todavía resultó el sonido; entonces se incorporó furioso el rey y dijo que lo echaran del palacio.

Y lo echaron a la calle. Solo y desesperado, pensó qué sería lo que había pasado. De pronto se acordó de las palabras del viejo. ¡Dios mío! El había deseado la desgracia a alguien, era un mal hombre y sólo un hombre bueno podía hacer sonar aquel violín. ¡Lo había perdido para siempre! Entonces se sentó en el umbral de una casa y se puso a llorar amargamente.

Sintió pasos, pero no se atrevió a levantar la cabeza, y oyó de nuevo la voz del viejo que le había regalado el violín mágico. “Dame el instrumento—le dijo—; toma éste: es bueno, pero es como hay muchos. Te dejo lo que has aprendido; sabrás tocar, pero no serás una maravilla. Este lo guardaré para otro, si es que encuentro a algún hombre que nunca haya tenido un mal pensamiento. Adiós, no me volverás a ver.”

Cuando Paco levantó la cabeza había desaparecido el viejo.

No sé lo que habrá sido de la princesa. Dicen que lloró un día en que oyó el llanto de una nena a quien le habían roto su muñeca, y que así sanó; ni sé lo que habrá sido del violín mágico. Nadie lo posee, y debe de ser porque el viejo no ha encontrado todavía un buen músico a quien dárselo.

FLOR DE CARDO

Flor de Cardo era el sobrenombre que los chicos habían dado a una muchachita de cinco años. Era la hija de un chacarero que vivía lejos del pueblo, en una casita rodeada de cardales, biznagas y abrojos. *Flor de Cardo* tenía dos hermanos; eran traviesos, juguetones, mayores que ella, pero buenos chicos, y eran ellos los que habían inventado ese sobrenombre. ¿Por qué? Su nombre verdadero era muy diferente, pues se llamaba María Juana, y se enojaba cuando le decían *Flor de Cardo*. Sabía muy bien que se lo de-



cían porque no era buena; se enojaba por cualquier bromita, contestaba mal, no quería jugar con los demás, no quería que le hablaran, y por eso decían sus compañeros de juego que jugar con ella era lo mismo que cortar una flor de cardo, a la que no da gusto acercarse, porque pincha los dedos con sus espinas.

Poco a poco la dejaban sola. Sabían que no se podía jugar bien con ella. Su madre había muerto, y su padre no podía cuidarla, porque trabajaba en su campo; así, que creció como los cardos, sin que nadie la cuidara. Ella quería a los cardos, esas cabezas azules que adornan la planta cuando florece; le parecían las flores más lindas que conocía; se acostaba en el suelo cerca de una de ellas y las miraba y se imaginaba que las flores tenían caras y que le hablaban, y ella les contestaba en voz baja y conversaba con ellas. Un día oyó una gran carcajada de sus hermanos, que la habían sorprendido hablándole al cardo; le dijeron que algún día se haría cardo ella, que ya hablaba con esas plantas. *Flor de Cardo* se levantó enojada, y queriendo demostrarles a los muchachos que no le importaba la planta, la pisoteó, gritándoles: "Déjenme en paz; ¡ojalá fuera yo un cardo para poderlos pinchar con mis espinas!" Los muchachos se fueron riéndose y la dejaron sola. Se quedó frente al cardo que había pisoteado y lo miró. Vió que se enderezaba poco a poco, y mirándolo notó una cosa extraña. Su cabello parecía ponerse de punta, sentía que se le achicaba la cara, los brazos se ponían anchos y verdes; quiso caminar, y encontró que sus pies estaban metidos



en la tierra. Quiso gritar, pero no tenía voz, y frente mismo a su cara vió la flor del otro cardo que había pisoteado. Tenía cara, la miraba y de repente oyó una vocecita que le hablaba: “María Juana, se ha cumplido tu deseo; te has transformado en un cardo. Casi me has muerto cuando me pisoteaste, y yo no te había hecho nada. Por castigo te quedarás así hasta que hayas hecho algo bueno, hasta que hayas demostrado que sabes ser amable con cualquiera que sea, y aunque fuera con un animalito. Soy un hada poderosa, y he tomado esta forma para verte siempre de cerca y quiero corregirte. ¿Por qué eres tan mala, impaciente y peleadora? Ahora aprenderás a ser paciente.” De repente se encontró sola María Juana; el otro cardo había desaparecido.



Llegó la noche y oyó a su padre y a sus hermanos que la buscaban, llamándola. "*Flor de Cardo*, ven que es tarde; te dejaremos en paz", gritaban los muchachos. Su padre pasó cerca de ella, la tocó con el pie, y como sintiera espinas, dijo: "Es una vergüenza; este cardo crece ya casi en la casa; se ve que no me ocupo mucho de arrancar yuyos. Pronto tengo que hacer una buena limpieza." María Juana los veía afligidos por no haberla encontrado: lloraban y decían: "¿Se habrá caído al arroyo?" Fueron a las casas de los vecinos a buscarla, y ella, pobre, no podía gritar ni llamarlos; sólo pensaba: "¡Qué buenos son, cómo me quieren! ¿Y por qué? ¿Cómo me pueden querer a mí, que soy mala, que nunca les hago el gusto, que no obedezco a mi padre, que les he deseado cosas malas a mis hermanos?" Y lloró; no podía hacer otra cosa, pues no podía moverse ni gritar.

Así pasaron varias días, y siempre veía al padre triste, sin saber ya dónde buscarla. Un día se acercó a ella con la guadaña en la mano: "Voy a cortar esos yuyos—pero al querer cortar la planta, dijo—: no, no puedo; me hace recordar mi pobre *Flor de Cardo*. ¿Dónde estará?" Y ella pensaba: "¡Ah, si estuviera con mi padre, cómo sería buena con él; le ayudaría en su trabajo, no le contestaría mal, jugaría con mis hermanos; pero... ¡ya es tarde!"

Pasaron así muchos días. Una mañana vió que a sus pies estaban trabajando unas hormigas, recogiendo hojitas del pasto

que crecía cerca de ella. Las miraba y estaba admirada de la paciencia de los animalitos, que llevaban hojas tan grandes como ellos mismos, que se ayudaban unas a las otras, y cuando las hojitas se caían las levantaban otra vez con toda paciencia. A veces llamaban a otras para que les ayudasen. “¡Qué bien trabajan!—pensaba—; ¡si yo pudiera ayudarles, yo que soy más grande!” Bajaba sus hojas para que las hormigas tuvieran sombra y para que el viento no las incomodara, porque las hacía tambalear. Con una hoja sacó una ramita seca que estaba incomodando en el camino a las hormigas, y mientras que estaba haciendo eso, sintió que esa hoja crecía, que la podía mover bien, todo su cuerpo empezó a crecer, y de pronto notó que estaba volviendo a su forma de antes, que era otra vez una niña, que podía correr y saltar, y sintió una voz que le dijo: “Por fin aprendiste a ser buena con los demás; ya puedes volver a ser lo que has sido antes.” “Gracias, hada—le gritó *Flor de Cardo*—; te prometo que seré buena siempre.” Salió corriendo y llorando de alegría a abrazar a su padre y sus hermanos. Les pidió que la llamaran siempre *Flor de Cardo* para no olvidarse de la dura lección que el hada le había dado. Así lo hicieron, y ella fué buenísima y todos la quisieron mucho.

EL NIÑO ROBADO



En una gran quinta, cerca de Buenos Aires, vivía un matrimonio que tenía un niño de cinco años, llamado Martín, y una niña llamada Rosa María, de tres años. Los dos niños eran buenos compañeros y jugaban muy bien juntos; tenían juguetes de sobra, un jardín grande donde podían correr, pero no se contentaban con eso: eran muy curiosos y querían saber siempre lo que pasaba en la calle. ¡Cuántas veces se les había retado por haber salido a la puerta y por haber ido a jugar a la calle en lugar de quedarse en el jardín! El más desobediente de los dos era Martín; pero el pobre tuvo que pagar muy caro su desobediencia.

Sucedió un día que la madre de Martín tuvo que dejarlo solo, llevándose a Rosa María para hacer algunas compras. En

esos días andaban unas gitanas por las calles, que les decían la suerte a las personas, echándoles las cartas, aprovechándose así de entrar a las casas para robar, y contaba la gente que se habían llevado hasta unos niños pequeños para enseñarles a robar o a pedir limosna para ellas.

Por eso, antes de salir, la madre de Martín le repitió a éste varias veces que no saliera a la calle y que no abriera la puerta del jardín.

Martín le prometió portarse muy bien y de hacer todo lo que le había recomendado.

Salió tranquila la mamá, y Martín se fué a jugar al jardín, sin asomarse siquiera a la reja.

De repente oyó música en la calle, y, curioso como siempre, fué corriendo a ver lo que ocurría. Vió a una mujer con un pañuelo rojo en la cabeza, que tenía en una mano un loro. Delante de ella, en el suelo, hacía sus pruebas y bailaba un perrito, y un niño tocaba el acordeón para acompañar al perrito. Pero lo más gracioso era ver bailar también el loro. ¡Qué risa le dió a Martín verlo!

La mujer, que era una gitana, se acercó a la reja para que Martín pudiera ver bien, y hacía bailar al loro sobre un palo.

“¿Te gusta?”, le preguntó al niño.

“Ya lo creo”, dijo Martín, y siguió mirando y riéndose. Sin saber lo que hacía había abierto la puerta y salido a la calle.



La mujer iba caminando despacio y el niño la seguía, mirando a los animales.

“Vas a ver qué prueba tan difícil van a hacer allá en la esquina”, le dijo la gitana; y era cierto: al llegar a la esquina dió el perro unos saltos enormes, después se hizo el muerto, y el loro, llamándolo, le daba tirones de orejas con el pico. Martín se reía a carcajadas. De repente se levantó el perro de un salto y echó a correr, y detrás de él, el loro, la mujer y el chico del acordeón.

Al mismo tiempo sintió Martín que le envolvían la cabeza con un pañuelo, que le tapaban la boca, que lo levantaban y corrían con él. Después notó que lo metían en algún carro que rodaba ligero sobre mal empedrado; después se detuvo éste. Oyó que se abría una puerta, le hicieron subir una escalera y recién en ese momento le sacaron el pañuelo.

Entonces pudo ver donde estaba.

Se encontró en un cuarto oscuro; había mal olor, y allí vió a la mujer, al loro, al perrito y al chico del acordeón. Pero además se encontró allí con un hombre de gran barba negra, sucio, y que era el que lo había metido en el carro y lo había llevado a esa cueva. Martín, asustado y con miedo, llamó a su mamá; pero se rieron de él, y le dijeron que su madre era ahora la gitana del pañuelo colorado.

Lloró, gritó, pero no le hicieron caso, y por último, como no quisiera callarse, lo tomó el hombre del brazo y le pegó.

“Cada vez que grites te pegaremos—le dijo con voz ronca—, y mañana tienes que aprender algo útil.”

El pobre niño se sentó en un rincón en el suelo. Le tiraron un pedazo de pan seco, diciéndole que comiera. Pero el niño no comió; se durmió llorando y pensando en su madre.

A la mañana siguiente lo despertó el hombre y le dijo que tenía que aprender algo útil, ¿y qué creen ustedes que era eso? Pues ¡a robar! Martín y otros dos chicos que había allí robados también tenían que tratar de sacarle al hombre el reloj y la cartera sin que éste lo sintiera. Si lo hacían mal, les tocaban azotes y no les daban de comer por un día entero. Otro día tenían que robarle la cartera a la mujer, que para ese ensayo se vestía como señora rica, se ponía sombrero y se sentaba en una silla. Tenían que probar también de sacarle el pinche del sombrero sin que ella lo notara, y si no, otra vez azotes. Cuando ya los niños se habían hecho bastante hábiles, los llevaron a la calle a hacer la prueba con extraños.

¡Qué vergüenza tenía Martín! ¡Y qué miedo! Si hubiera sido mayor podría haberse salvado, sólo con llamar a un vigilante y contarle todo; pero pensó que no le creerían, y ¡robó!

La primera vez en que consiguió robar bien un pañuelo de seda, le dieron junto con el pan un poco de leche, como recompensa; pero desde ese día también le obligó el hombre a que todos los días robara por lo menos un objeto. Pobre niño, ¡cuán-



tas veces pensó en sus padres y se confesó que todo eso le pasaba porque había sido desobediente!

Habían pasado como dos meses, cuando un día le dijo el hombre que lo llevaría a otro pueblo, donde se preparaba una gran fiesta, a la cual asistiría mucha gente rica. Cuando llegaron allá vieron que se había armado un teatro al aire libre. Era un teatrillo de fantoches para divertir a los niños, y éstos estaban sentados en los jardines con sus padres. El gitano y Martín se sentaron detrás de una señora y de una niñita que miraban con mucha atención los fantoches.

“Fíjate qué lindos pinches tiene esta señora en el sombrero—le dijo el gitano al oído de Martín—; sácalos, y en seguida nos vamos. Espera que se represente algo gracioso o interesante para que nadie nos mire.”

Martín temblaba como siempre de vergüenza, pero también de miedo al gitano. Tenía ganas de gritarle a la señora que detrás de ella había un pequeño ladrón, para que le tuviera lástima.

Pero el hombre lo notó y lo miró con una cara tal de amenaza, que Martín no se atrevió a abrir la boca.

Siguió la función, bailaron los fantoches y todos aplaudían. Entonces se agachó la señora para decirle a la niñita que estaba a su lado: “¿Te gusta, Rosa María?”

“Mamá, mamá”, gritó Martín.

¡Había reconocido la voz de su madre! Era ella y su hermanita las que estaban allí, delante de él.

Furioso el gitano, lo tomó por un brazo y se lo quiso llevar; pero ya la señora lo tenía abrazado a Martín y gritaba: “Martín, hijo mío, es mi hijo que me han robado.”

La gente comprendió al momento lo que pasaba, tomaron preso al gitano y lo llevaron mientras que Martín, Rosa María y la madre lloraban y se reían de alegría.

“Soy un ladrón, mamá—dijo Martín—; ¡qué vergüenza, eres la madre de un ladrón!”

“No, hijo mío—le contestó la madre—; soy la madre de un niño que ha sido desobediente, pero no de un ladrón. Te han obligado a ser malo; pero tú no lo eres de veras, porque tienes tanta vergüenza.”

Al llegar a su casa tuvo que contar todo lo que le había pasado, y cuando el padre supo que había otros niños robados en la casa de los gitanos, avisó al momento a la policía. Los sacaron de allí y los devolvieron a sus padres.

Martín es ahora un hombre, y cuando sus hijos no obedecen, les cuenta lo que le pasó a él, y cuando ve que un niño en la calle se porta mal, no lo maltrata o lo lleva a la policía, sino que averigua primero quién tendrá la culpa, porque tal vez se lo hayan enseñado y tenga que vivir con gente mala.



«CACHILO»

Cachilo era el nombre que el coronel Pérez había dado a un indiecito traído por él de una expedición por tierras muy lejanas. El pobre *Cachilo* era huérfano de padre y madre. El coronel le encontró un día en el monte, y como hablaba el idioma indio y le gustó el chico, le propuso llevárselo. *Cachilo* tenía entonces cinco años, pero era chiquito, y por eso se le ocurrió al coronel darle ese nombre, porque así se llaman unos pajaritos bonitos y graciosos. Cuando el niño comprendió que tendría que dejar el monte, se puso a llorar y le pidió al coronel que le permitiera llevar a su amigo.

“Tráelo—le dijo el coronel—, quiero verlo.”

Cachilo echó a correr como un relámpago, volviendo al poco rato con un bulto muy envuelto en una bolsa vieja. Al levantar el coronel con cuidado una punta de la arpillera, vió asomar-

se una cabecita color azul, de ojos redondos y vivos; era la cabeza de una urraca azul de Misiones, que son tan inteligentes.

“¿Me la llevaré?”, preguntó *Cachilo*.

“Claro—dijo riéndose el coronel—; eso no incomoda”; y urraca, *Cachilo* y el coronel se fueron a Buenos Aires.

Allí empezó para *Cachilo* una vida triste. No porque lo trataran mal, al contrario: le enseñaron a trabajar, hasta a leer y escribir, y él era inteligente y aprendió todo muy pronto.

Pero, ¡qué lejos estaba el bosque de su tierra! Ya no podía cazar pájaros, buscar las cuevas de las lechuzas y los zorros, no dormir al aire libre, y lo peor de todo: ¡ya no le permitían andar descalzo! ¡Cómo le incomodaban los zapatos! ¡Qué martirio!, y eso que eran grandes y cómodos.

Apenas lo dejaban solo en la casa, se descalzaba, corría contento por el patio, encantado de oír el ruido de sus pies desnudos sobre el mosaico, y *Tipa*, su urraca, le miraba con ojos inteligentes, saltaba a su lado y parecía decirle: “¡Así me gusta!”

“¡Ah, *Tipa*, *Tipa*—decía *Cachilo*—; si es-





tuviésemos otra vez lejos, allá en nuestro bosque!", y con esas palabras empezaba una larga conversación con *Tipa*, que parecía entenderle y querer contestar. Se subía al hombro de *Cachilo*, le daba picotazos suaves en la cara, como si quisiese besarlo, y le hacía caríños con las alas. ¡Ah, si no hubiera tenido a *Tipa*! Era el único amigo de *Cachilo*.

Sucedió un día una cosa muy desagradable. A la señora de Pérez se le perdió un aro con una gran piedra brillante.

Buscaron por toda la casa: nada; el aro había desaparecido. ¿Qué pensar? ¿Lo habían robado? ¿Pero quién? ¿Tal vez *Cachilo*? En balde aseguraba el pobre que era inocente; desconfiaron de él; el coronel lo encerró por unos días en una pieza, lo dejaron sin comer para que dijera la verdad. Pero *Cachilo* seguía negando siempre, porque era inocente. Lo dejaron otra vez en libertad; pero él se propuso descubrir al ladrón. Lo buscaría hasta encontrarlo.

Una tarde, sentado solo en el jardín de la casa, silbó a su urraca y *Tipa* se sentó en un tronco frente a él. Como de costumbre, empezó *Cachilo* a hablarle, le contó lo que había sucedido y por qué estaba triste. *Tipa* movía la cabeza de un lado para el otro, cerraba un ojo, después el otro, como si pensara mucho, y de repente abrió sus alas y voló a la pared del fondo de la casa, donde faltaba un ladrillo, lo cual dejaba un hueco. "*Tipa*, ven, pues", gritó *Cachilo*; pero ésta revolvía con su pico unas pajas.

De pronto salió de ahí, volvió junto al niño y dejó caer a sus pies el aro. ¡Ah, *Tipa*, ladrona, era la urraca que se había llevado el aro porque la piedra brillaba tanto! “Coronel, coronel —gritó *Cachilo*—; aquí está el aro, no soy ladrón.

“Ya lo sé, *Cachilo*—le dijo el coronel—; ya te he oído lo que conversabas con *Tipa*, y tú no sabías que yo estaba detrás tuyo oyéndote. ¡Qué casualidad que te ha traído el aro otra vez!” “¿Casualidad? No, coronel; *Tipa* comprende todo; me lo ha traído porque yo se lo he pedido.” “¡Qué disparate!”, contestó el coronel, y fué a darle la buena noticia a su señora. *Cachilo*, mientras tanto, llamó a *Tipa*, y mirándola enojado le dijo: “¡Ah, pícara, no volverás a hacer nunca más una travesura como ésta, y si no, no te voy a querer más! Anda, ladrona, hoy no te hablo en todo el día.”

Y *Cachilo* está plenamente convencido que *Tipa* le comprende y que es tan inteligente como los hombres. ¿Y quién dice que no es así?



EL ENANO DEL OMBÚ

En una gran quinta, con lindas alamedas y un gran lago, vivía Ramón con sus padres. Ramón era hijo único y no tenía otro compañero para jugar que su perrito overo, llamado *Bombón*, vivo, juguetón, saltarín e inseparable compañero del niño. En el fondo de la quinta, lejos de la casa, había un viejo y enorme ombú, de raíces que parecían bancos de jardín, de ramas tan anchas que Ramón podía dormir entre ellas la siesta con su fiel *Bombón* o leer sus queridos libros de cuentos sentado cómodamente. Nadie le molestaba; sus padres no se preocupaban de él mientras sabían que estaba en la quinta, y como ésta estaba

rodeada de una gran reja y el niño no tenía malos compañeros, lo dejaban jugar como quisiera. Pero Ramón estaba a veces triste por no tener compañeros para jugar, porque los niños necesitan buenos amigos y las personas grandes también. Durmiendo una tarde su siestita sobre la rama más ancha del ombú, sintió de repente los ladridos de *Bombón*. “¡Quieto!”, le gritó Ramón; pero el perro no le hizo caso, lo que extrañó a su patroncito, porque el perro era obediente. Algo había que lo inquietara en esa forma. Ramón bajó y vió que *Bombón* ladraba con furia a las raíces del ombú, mirando siempre fijamente un mismo sitio. Pero no pudo darse cuenta de lo que había. Fastidiado con el perrito, le puso su collar y cadena y lo ató al tronco; pero él se había quedado con la curiosidad. Arrodió al pie del árbol para ver mejor, y descubrió un hueco en el tronco, más o menos del tamaño de la cabeza de un gato. “¡Animal zonzoz!—dijo—, seguramente ha visto algún ratón.” Apenas lo había dicho, cuando dió un brinco de susto, porque allí mismo vió una carita de viejo, rodeada de una barba blanca. Dos ojitos vivarachos brillaban en esa cara, redonda como una bola.

“Acércate sin miedo—oyó decir con una vocecita parecida al canto de un grillo—. Me pareces un buen muchacho, te tengo confianza y te quiero—siguió diciendo—; hace mucho que te conozco; soy el enano de este ombú. Entra y te enseñaré mi casa.”

“Pero, ¿cómo quieres que pase por este agujero? No puedo pasar”, dijo Ramón, a quien se le había pasado el miedo. El ena-



nito tomó a Ramón por el jopo y lo metió dentro del ombú. No sintió ningún dolor al pasar; pero le pareció que se ponía largo como una víbora. Una vez dentro del hueco del árbol tomó su forma de antes.

“Mira qué linda casa tengo”, le dijo el enanito. Ramón miraba para todos lados sin ver nada.

“Es que los hombres son tontos y ciegos—dijo su nuevo amigo—. No ven nada, pero creen saber mucho; mira bien, pues.”

Entonces se fijó de nuevo y vió que todo el hueco estaba tapizado con lindas telas de colores vivos, clavadas en las paredes con tachuelitas, cuyas cabezas eran piedras preciosas. “¡Qué lindo es esto!—exclamó—. Pero, ¿cómo eres tan rico?” “Pues esas piedras las sacamos de la tierra—dijo el enano—, y ahora, ven y mira para acá: ¿Ves esta abertura? Por ahí se pasa a un largo corredor, iluminado por las luces de las luciérnagas, y es el camino a otro ombú; ven conmigo.”

Pasaron por el corredor bajo tierra y llegaron a otro ombú, donde había otro ena-



no. Se asomaron a una abertura que había en la raíz para ver dónde estaban, y vieron muchos soldados haciendo ejercicios militares, y supieron que el ombú estaba en el patio de un cuartel. Siguieron su marcha por otro corredor subterráneo. Delante de ellos volaban luciérnagas para iluminar el camino. Llegaron a otro ombú que crecía junto a un rancho, y en su tronco había otro enano. Delante del rancho pudieron ver sentado a un viejo, tomando mate, y cerca de él jugaba un niño con un corderito.

“Ese chico es mi regalón—dijo el enano de ese ombú—; lo cuido mucho, porque no tiene madre y está siempre solo.”

“Le pasa lo mismo que a mí”, dijo Ramón. “Sí—le contestó el enano—; pero tú eres rico, y este chico no tiene a veces qué comer. Por eso cuido bien el zapallar y el maizal del viejito, que es su abuelo, y así puede comer ricos choclos y buen zapallo. Y él me lo agradece; sabe que en el ombú vive un buen amigo, y no permite que lastimen mi casa con el hacha.”

Pasaron así por muchos ombúes, y en todos encontraron un enanito. Anduvieron todo el día; pero el niño no se cansó. ¡Era tan interesante ver todo eso! Cuando se asomaron por las raíces del último ombú no vieron más que campo, ni casas, ni árboles; pero a la sombra del ombú había unas ovejitas enfermas.

“Aquí no han hecho casas todavía los hombres—dijo el enano—; estamos en la Pampa. Pero también hay trabajo para



nosotros: cuidamos a los animales y hacemos crecer bien el árbol, porque es el único amigo de ellos: les da sombra y descansan. Y ahora, volvamos.”

Llamó a las linternitas y a dos bichos grandes y negros, de alitas duras, que estaban trabajando en la galería.

“¿Y éstos, qué hacen ahí?”, preguntó Ramón. “Esos son muy buenos amigos de los hombres; ¿no ves las galerías que hacen? Ahí entierran el abono que encuentran en el campo y hacen la tierra más rica; así pueden crecer mejor las plantas. Estos animalitos tienen mucha fuerza; por eso, en algunas partes los llaman toritos; ya probarás si te he dicho la verdad. Siéntate no más sobre uno de ellos.”

Ramón había visto ya tantas cosas raras en ese día, que no le extrañó nada tener que montar en ese insecto. El enano montó sobre el otro, y el niño quedó admirado al ver que ni él ni su compañero pesaran demasiado como para aplastar a sus cabaladuras.

“Vamos”, mandó el enano, y los toritos, abriendo sus alas los llevaron en pocos minutos de un ombú a otro. Cada vez que el enano se encontraba con un compañero, le saludaba, gritándole: “Hasta el miércoles, en mi casa; ya sabes que es luna llena.”

“¿Por qué les dices eso?”, preguntóle Ramón.

“Porque ese día es luna llena y tenemos gran reunión.”

“¿Y de qué se trata?”

“De ustedes, los hombres; de lo tontos que son, de lo curiosos, charlatanes y malos.”

“¿Todos?”

“No, hijo, no todos; en nuestras reuniones, a las que asisten mil o más enanos, resolvemos a quién hay que ayudar y a quién hay que fastidiar; claro que eso último será a los malos. Nosotros queremos sobre todo a los niños. Hay familias que conocemos desde los bisabuelos o hasta los tatarabuelos, porque hay ombúes muy viejos. Pero los que han respetado nuestras casas, siempre han sido felices. Conozco casos en que los bisabuelos vivían en un pobre rancho, al lado del ombú, y treinta años más tarde había allí una espléndida casa de sus nietos. Pero no cortaban el ombú. “Nos trae suerte”, decían; no sabían que éramos nosotros los que les ayudábamos. Y ahora, basta de charla; no soy hombre para charlar tanto; tengo que hacer. Pero no me olvides. No les cuentes a los demás lo que has visto; no te lo creerían; pero cuida a este ombú; acuérdate que en él vive un buen amigo tuyo, a quien puedes ver cuando quieras. Basta que des unos toques aquí en la raíz, y te contestaré.” Dicho esto, desapareció el enano, y Ramón se encontró solo y fuera del ombú.

Han pasado sesenta años. Ramón es un hombre viejo, tiene hijos grandes y nietitos, y todos quieren al ombú. Cuando sus nietos le dicen: “Abuelito, déjanos jugar junto al ombú”, les dice: “Vayan no más, allí van a estar bien”, y se sonríe de un modo especial. Los demás no saben por qué; pero él lo sabe: allí

los cuidará el enano. A veces dice: "Tienen que prometerme que siempre van a cuidar el ombú, no lo corten; pero planten alguno nuevo para el caso de que algún día se caiga éste de viejo"; y despacito, sin que nadie lo oiga, dice: "Así siempre tendrás buena casa, mi querido enano."

Resulta que al contar este cuento he sido charlatana; razón tenía el enano cuando decía que los hombres no saben callarse. Les he contado el secreto del ombú; pero lo he hecho, porque he visto tantas veces que los hombres los cortan y queman, que tengo miedo que algún día los que lo hacen ya no sean felices.

¿Saben lo que deben hacer ustedes? No repetir el cuento, pero cuidar los ombúes.



EL JOROBADITO

Cuentan que había una vez un niño que tenía una gran joroba en la espalda. No le habría incomodado mucho a no ser por las bromas de los otros niños, porque éstos suelen ser crueles y no comprenden cuando entristecen a otros. Por eso le preocupaba su joroba y pensaba siempre en ella y cuál sería la causa de tenerla. Una noche tuvo un sueño muy curioso.

Acercábase a su cama un hombrecito con una varita en la mano, y le dijo: “¿Quieres ver lo que hay en tu joroba?”

“Sí, sí”, contestó el niño.

“Pues mira.” Tocóla con la varita y salió de ella una mariposa; pero el hombrecito volvió a colocar a ésta en seguida en su encierro, y la joroba se cerró. “Ahora voy a decirte un secreto: esa varita es de un grandísimo valor para ti; si algún día nece-



sitas que te ayuden en algo, si estás pobre, enfermo o en peligro, entonces toca con ella la joroba; saldrá en seguida la mariposa y te dará lo que necesites. Pero todo eso sucederá sólo si lo que te pasa no lo puedes remediar. Si tú puedes decir: “yo quiero” o “no quiero” que tal cosa suceda y has usado la varita sin necesidad, entonces saldrá la mariposa y volará sin servirte para nada y la perderás para siempre. Por eso pregúntate antes, cuando algo malo te pase, si no dependerá de ti remediarlo.”

Despertó el niño y pensó que los sueños son disparates; pero lo curioso era que a su lado había una varita, que él guardó con mucho cuidado.

Pasaron los años, y el niño se hizo hombre. Trabajó mucho; a veces le iba bien, otras mal; pero siempre pudo decir: “quiero hacerlo”, y pudo hacer las cosas. Una sola vez tuvo ya la varita en la mano para tocar la joroba y llamar a la mariposa, y ése es el caso que voy a contar:

En el pueblo en que vivía hubo un incendio; el jorobadito fué



como tantos otros curiosos a verlo. Decían los bomberos que toda la gente se había salvado y que la casa tendría que quemarse no más porque a ellos les faltaba agua para apagar el fuego.

Repentinamente se oyó un grito de desesperación. En uno de los balcones se veía un niño de un año más o menos, que, sin darse cuenta naturalmente del peligro, miraba las llamas que ya estaban cerca del balcón. Para salvar al pobrecito había que entrar a la casa, subir por una escalera que ya ardía y arrojarlo después por el balcón a la calle para ser recogido por los bomberos, que tenían extendidas fuertes lonas.

Nadie se atrevía a entrar; todos miraban con espanto, y el pobre niño no se podía salvar.

El jorobado miraba con desesperación; de golpe se acordó de su varita. “Quiero ir, quiero salvarle; en el momento de más peligro me valdré de ella para que me ayude.” De un salto estaba en la casa. Subió entre el humo por la escalera, tomó al niño, lo arrojó por el balcón a los bomberos, quienes lo recogieron, y luego saltó él también con tanta rapidez y felicidad, que todos lo aplaudieron y lo abrazaron. Sollozando de alegría, tomó entre sus brazos al niño y lo llevó a los padres.

“Una vez más he economizado la varita—pensó—; así me queda para otra ocasión. He salvado al chico porque tenía valor y no por la varita”, y eso lo dejó satisfecho.

Llegó a ser un hombre muy anciano, querido y respetado por todos.

Al morir ocurrió algo extraño: los que estaban a su lado vieron salir de su joroba una mariposa, que voló por la ventana, subió hacia las nubes y se perdió de vista.

Era al morir, pues, la única vez que el pobre jorobado no pudo decir “quiero”, “no quiero”; pero la varita mágica le sirvió para ser un hombre de mucha voluntad.

1927.





I N D I C E

	<u>Páginas.</u>
Don Zapallo.....	9
La venganza de las ranas.....	19
"Tista" y "Pepe".....	27
Juan Babieca.....	33
La mujercita de lluvia.....	41
El angelito travieso.....	49
El violín encantado.....	57
"Flor de Cardo".....	67
El niño robado.....	75
"Cachilo".....	85
El enano del ombú.....	91
El jorobadito.....	101

